

---

# ¿Criollos contra criollos?

## Reflexiones en torno a la historiografía de las independencias

Tomás Pérez Vejo

Se podría decir, con una cierta dosis de cinismo, que la supervivencia de la profesión de historiador está ligada a su capacidad para cambiar, más o menos cada dos o tres generaciones, las perspectivas y preguntas sobre el pasado. Una afirmación no necesariamente peyorativa. Mostraría que, como ocurre en el resto de las disciplinas científicas, el conocimiento histórico no avanza sólo por acumulación sino también, y quizás sobre todo, por la capacidad de ver las cosas desde puntos de vista diferentes o, retomando lo escrito por Thomas Kuhn hace ya casi medio siglo, de cambiar viejos paradigmas por otros nuevos que cuestionan de manera radical lo que se sabe o se cree saber sobre el pasado.

### *De conmemoraciones e historia*

Las conmemoraciones juegan en este proceso un papel paradójico. Son, de manera general, la expresión de la historia más tradi-

cional hegemónica en cada momento y, como consecuencia, poseen una capacidad de innovación y revisión reducida. Sin embargo, la propia dinámica conmemorativa tiende a favorecer la proliferación de trabajos e investigaciones que pueden llevar cambios de enfoque, no necesariamente buscados, y bastante radicales sobre los hechos conmemorados y su significado histórico. Paradoja agudizada en el caso de los bicentenarios de las emancipaciones latinoamericanas porque, a pesar de que la propia idea de su celebración remite a la historia de bronce más tradicional, la historia como mito y memoria que se perpetúa a sí misma, la revolución historiográfica de las décadas previas fue de tal calado que ni siquiera las celebraciones oficiales han podido eludir preguntarse sobre el significado histórico real de los hechos conmemorados. E incluso sobre si las llamadas guerras de independencia americanas podían ser consideradas en sentido estricto guerras de liberación nacional.

Preguntas más pertinentes de lo que a primera vista pudiera parecer, si se considera que ninguna de las supuestas declaraciones de independencia de 1810 fue una proclamación de soberanía política y que todas incluyeron explícitas referencias de fidelidad al rey de España y sus Indias Fernando VII, o a la voluntad de defender sus derechos. La elección de 1810 como año de las independencias tiene mucho más que ver con los procesos de construcción nacional decimonónicos que con la historia de las propias emancipaciones, más con la memoria que con la historia. Nada es menos seguro que pretender que el objetivo de los «independentistas» de 1810 fuese la ruptura con la Monarquía Católica española.

Consecuencia de las conmemoraciones bicentenarias o no, lo cierto es que en el conjunto de la historiografía sobre América Latina ningún otro campo ha sido más transitado y desde perspectivas más novedosas en las últimas décadas que el de las independencias. Tanto por lo que se refiere a trabajos de archivo, que han permitido un conocimiento mucho más preciso y pormenorizado

de los hechos, como al desarrollo de nuevos enfoques teóricos, que han alumbrado interpretaciones que poco tienen ya que ver con las hegemónicas apenas unas décadas atrás. Ha sido puesta en cuestión la historia más oficial y nacionalista, la de la guerra como un enfrentamiento entre naciones, legado del proceso de construcción nacional decimonónico, que incluye también, de manera general, la idea de un conflicto ideológico liberalismo/absolutismo. También lo han sido las interpretaciones nacidas al calor de la historiografía marxista en los inicios de la segunda mitad del siglo XX y de su voluntad de explicar lo ocurrido a partir de conflictos sociales, que en Hispanoamérica tienden a solaparse con los étnicos. Pocos son ya los historiadores que se atreven a interpretar lo ocurrido en 1810 como un épico enfrentamiento de naciones luchando por su independencia, con americanos liberales de un lado y españoles absolutistas de otro. Menos todavía son los que se atreven a hacerlo en clave socio-económica, con depauperados grupos populares nativos frente a colonizadores españoles dueños de la tierra y el capital. Ni las naciones fueron las protagonistas de lo ocurrido ni la línea de fractura pasó, de manera general, por lo ideológico, lo étnico o socioeconómico.

La revolución historiográfica que ha afectado a las independencias, desde perspectivas distintas y con niveles de radicalidad diferentes, ha sido protagonizada por autores como François Xavier Guerra, Jaime O. Rodríguez, Timothy E. Anna, José Carlos Chiaramonte, Brian R. Hammett, Tulio Halperín Donghi, John Tutino y un largo etcétera. No puede ser desligada de los cambios ocurridos en el campo de la teoría política en torno al concepto de nación en los inicios de la década de los ochenta, y aquí los nombres de Benedict Anderson, John Breuilly y Ernest Gellner son de cita obligada. En torno a su alcance final, que posiblemente incluya una revisión radical de las características y el significado histórico de la Monarquía Católica, apenas empezamos a vislumbrar las

grandes líneas generales. Pues la revisión ha sido de tal profundidad y ha afectado a aspectos tan distintos que no se trataría ya de cambios puntuales sobre la forma de interpretar tal o cual hecho concreto, sino de un replanteamiento global del sentido y significado histórico de eso que todavía, posiblemente de manera errónea, seguimos llamando guerras de independencia. Como afirma la historiadora mexicana Virginia Guedea, las «aportaciones que se han hecho en los últimos años [...] permiten –casi me atrevería a decir que exigen– emprender nuevas interpretaciones generales que proporcionen nuevas y más actualizadas visiones de conjunto». A falta de esas deseables nuevas interpretaciones generales y visiones de conjunto se dibujan ya algunas grandes líneas interpretativas sobre las que parece comienza a haber un relativo consenso historiográfico.

Para empezar, las guerras de independencia serían parte de un proceso global para cuya comprensión no sirven los marcos nacionales, ni siquiera los continentales, sino el conjunto de la Monarquía. En segundo lugar, las naciones no fueron la causa de las llamadas guerras de independencia sino su consecuencia, el resultado de un proceso que, en su origen, no buscaba la ruptura con el rey, sino resolver el problema de legitimidad creado por las abdicaciones de Bayona. Además, al margen del resultado final, se habrían producido guerras civiles más que guerras de independencia, no tanto un enfrentamiento de americanos contra españoles como uno de americanos contra americanos. Y finalmente, no se habría tratado de un enfrentamiento entre liberales independentistas y absolutistas realistas, interpretación que confundiría dos conflictos coetáneos pero diferenciados: la revolución política, que afectó al conjunto del mundo hispánico de uno y otro lado del Atlántico, y la disgregación del sistema imperial, que se dio únicamente en los territorios americanos.

*Un nuevo marco geográfico para una gesta vieja*

La tradición historiográfica ha tendido a estudiar las independencias como un hecho nacional: mexicana, argentina, etc., reservando si acaso un capítulo para los libertadores de ubicación nacional más problemática, como San Martín o Bolívar. Aunque para ello se haya tenido que obviar la inexistencia de marcos nacionales definidos, o de hechos como que en la batalla de Ayacucho, la que selló la independencia del Perú, no lucharon peruanos contra españoles, sino americanos contra americanos. Tanto el Ejército Real del Perú, no el español, como el Ejército Libertador del Perú, no el peruano, eran un complicado mosaico de soldados y oficiales llegados de todos los rincones de la monarquía, chilenos, neogranadinos, rioplatenses, alto peruanos, incluidos unos pocos españoles europeos, no más de quinientos.

Las investigaciones recientes sobre las independencias han mostrado la inadecuación del marco nacional para su estudio y comprensión. A pesar de la presencia de una sólida tradición historiográfica de carácter nacional y nacionalista las independencias no pueden reducirse a una historia mexicana, colombiana o chilena. Ni siquiera a una americana o iberoamericana. Fue un proceso que se desarrolló en un marco hoy inexistente, el de la Monarquía Católica, y en el que estuvieron implicados los territorios y sociedades de uno y otro lado del Atlántico. El sujeto histórico es el conjunto de los territorios de la monarquía, no cada uno de los reinos, virreinos, audiencias o capitanías generales que la componían. Menos todavía, por supuesto, las posteriores naciones surgidas de la disgregación. Aparecen así dos problemas nuevos y de enorme relevancia historiográfica. Podemos prescindir del marco nacional en el estudio de las independencias y además buscar un modelo alternativo al tradicional de las guerras de independencia como guerras de liberación nacional.

En verdad el escenario de las independencias fue el amplio espacio supranacional definido por las fronteras de la monarquía española y en él las distintas unidades administrativas jugaron papeles distintos y de importancia desigual. Una explicación global de las independencias americanas no resulta de la suma de lo ocurrido en los diferentes territorios, sino de una mirada que permita distinguir las grandes líneas de evolución y de fractura. En el interior de la Monarquía la distribución de poder y riqueza no era homogénea. Éstos se concentraban en unos lugares en detrimento de otros. Lo que significa que, desde la perspectiva de una comprensión del proceso, no se puede prestar la misma atención a unos territorios que a otros. No es lo mismo, por poner un ejemplo, el virreinato de la Nueva España, que concentraba más de la mitad de la población y riqueza del conjunto de los territorios americanos de la Monarquía, que la remota e irrelevante intendencia de Paraguay. Pero además no se puede hacer una historia de las independencias sin tener en cuenta lo que estaba ocurriendo en sus territorios europeos. La parte americana y la europea no eran dos entidades separadas, sino parte de un mismo universo político y simbólico, unido por complejas relaciones económicas, políticas y culturales.

Tampoco, por cierto, es posible una historia de la parte europea sin la americana. Algo que puede parecer más discutible, pero los hechos están ahí. La Guerra de Independencia española fue financiada en gran parte con plata americana y contó con la participación de súbditos americanos del rey católico, entre ellos algunos posteriores héroes de las independencias del otro lado del Atlántico, como San Martín en Argentina o fray Servando Teresa de Mier en México. El problema americano estuvo siempre gravitando sobre ella, tanto desde la perspectiva española como desde la inglesa y francesa. Todos estaban preocupados por el futuro de lo que ya Montesquieu había definido como la parte principal de la monarquía. La accesoria era España. La Constitución de Cádiz, una

constitución hispánica no española, hubiese sido sin duda diferente sin la presencia de los diputados americanos, quienes no sólo participaron en su elaboración sino que introdujeron temas y debates que no hubiesen estado presentes sin ellos. Prueba de ello es que hubo tanto americanos partidarios del liberalismo como de la reacción, exactamente lo mismo que los europeos: el «Manifiesto de los Persas» que trajo de regreso el absolutismo fernandino en 1814 incluyó entre sus firmantes y promotores a varios americanos.

Mayor calado aún tiene la búsqueda de un modelo alternativo al de las guerras de independencia como guerras de liberación nacional. Si lo ocurrido en los territorios americanos de la Monarquía Católica en los inicios del siglo XIX fueron guerras de liberación nacional aparecen diversos problemas –se volverá sobre algunos de ellos más adelante– que implican enormes dificultades de interpretación. Podemos sin embargo interpretar lo ocurrido a partir de los procesos de disgregación de sistemas imperiales fracasados como el Imperio turco, el austro-húngaro o, más recientemente, la Unión Soviética. Casos todos ellos en los que la desaparición no fue tanto el resultado de la voluntad secesionista de identidades nacionales preexistentes, como de su derrota frente a formas alternativas de organización política y hasta social y/o económica. Modelo que podría aplicarse punto por punto a la Monarquía Católica y que, llevado a sus últimas consecuencias, plantea la posibilidad de entender el nacimiento del Estado-nación español también como el resultado de esta implosión imperial. Tal como afirma el historiador italiano Antonio Annino, «cuando un imperio colapsa nadie es el heredero legítimo de la soberanía». No fue tanto que las naciones americanas se independizaran de España como que una forma de organización política de carácter *anacional*, la Monarquía Católica, desapareció sin que nadie fuese capaz de erigirse en heredero de la antigua soberanía política, repartida ésta entre poco menos de

una veintena de nuevos Estados-nación soberanos. Con la particularidad además de que uno de ellos, España, se asumió como continuador de la herencia imperial. Asunción más simbólica que real, si tenemos en cuenta que, por ejemplo, tanto en Perú como en México los nuevos Estados-nación declararon la deuda virreinal deuda nacional, incluida, paradójicamente, la generada por las autoridades realistas novohispanas y peruanas para combatir a los insurgentes: o sea, a ellos mismos.

### *El improbable sujeto nacional*

La historiografía nacional y nacionalista decimonónica creó y difundió la idea de que en 1810 preexistentes naciones americanas (México, Colombia, Argentina, etc.) se levantaron en armas contra la opresión de una también preexistente nación española. Una arriesgada afirmación que los trabajos más recientes han cuestionado de manera casi absoluta.

Las supuestas proclamaciones de independencia cuyo bicentenario acabamos de celebrar fueron, todas, respuestas al problema de legitimidad generado en el conjunto de la Monarquía por las abdicaciones de Bayona y apenas se diferencian de las hechas con el mismo motivo en la península, incluyendo las explícitas declaraciones de fidelidad a Fernando VII. Desde Valencia a Manila y desde México a Buenos Aires, el problema no fue la independencia de la nación, sino la ausencia del monarca. Nada extraño si consideramos el carácter político de la Monarquía Católica, una estructura cuyo fundamento último de legitimidad no era la nación sino la fidelidad al rey.

En el proceso iniciado por las abdicaciones de Bayona el punto de partida fue que el rey dejó de estar, asunto no menor en una entidad articulada en torno a la presencia de un monarca. El proble-

ma, en un primer momento, fue el de definir quién tenía derecho a ejercer el poder durante su ausencia y quién garantizaba mejor la defensa de sus derechos. Es el tiempo de las Juntas y de las proclamas de fidelidad a Fernando VII. Pocos son los que discuten su condición de detentador legítimo de la soberanía y menos todavía los que se atreven a imaginar un poder político basado en una legitimidad distinta de la dinástico-religiosa. Otra opción, la aceptación de las abdicaciones y el reconocimiento de José I, contó con algunos adeptos, pero tenía en su contra la presencia de un fuerte sentimiento antifrancés. Una de las acusaciones más habituales entre realistas e insurgentes fue, al menos hasta la vuelta de Fernando VII, la de ser defensores de los intereses de Napoleón. En segundo término, existía un imaginario político en el que el rey, de acuerdo con una tradición jurídica que se remontaba a la Edad Media y que había sido desarrollada luego por autores como Grocio, Pufendorf o Vattel, sólo podía transmitir la soberanía a su heredero legítimo, no enajenarla a una dinastía distinta. El propio Fernando VII, quien no se caracterizaba precisamente por su finura intelectual, recordaba a su padre, apenas un día antes del vodevil de las abdicaciones, que el cambio de dinastía sólo era posible con la aprobación de las Cortes.

En un segundo momento, las revoluciones fueron un buen marco para la pedagogía política y los cambios en esos años de brutal aceleración de la historia, el problema fue completamente distinto. Sobre lo que se debatió y se combatió fue sobre el fundamento mismo de la legitimidad del poder: el rey o la nación. Era el tiempo de las naciones y de las constituciones, a uno y otro lado del Atlántico.

El problema de la nación, en el conjunto del mundo hispánico, tanto en la parte europea como en la americana, irrumpió como sujeto político de forma prematura y por causas exógenas. A la altura de 1808 la nación era, en el conjunto de la Monarquía Católica,

una comunidad natural carente de función política alguna, menos aún la de la soberanía. En el proceso revolucionario iniciado ese año, acabó convertida en lo que nunca antes había sido, sujeto último de legitimidad del ejercicio del poder. Sin embargo, nadie sabía, ni al principio ni al final de las guerras emancipatorias, cuántas naciones albergaba en su interior la Monarquía Católica. La respuesta podía ser, y fue, una sola, cuyos límites se confundían con las fronteras de la Monarquía. Eso es lo que asume de manera implícita la Constitución de Cádiz en su tautológica definición del Art. 1, «La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios», y de manera explícita en su caótica enumeración de reinos, virreinos, señoríos y provincias del art. 10. Pero también podía haber una nación por cada nuevo sujeto político constituido en los convulsos años posteriores a 1808, fuese un cabildo, una capitanía general, una audiencia o un virreinato, que de todo hubo. Situación que, aparentemente, se resuelve con las proclamaciones de independencia que se suceden hasta la derrota final de los realistas en Ayacucho en 1824, una por cada nueva nación. Afirmación esta última que es preciso matizar en dos sentidos. Las fronteras nacionales en América Latina tardarán todavía años en fijarse; son varios, de hecho, los nuevos Estados-nación cuya independencia no es de España, sino de otra «nación» americana (Venezuela, Ecuador, Uruguay, etc.). La mayoría de estas supuestas proclamaciones de independencia nacional son poco más que afirmación de la soberanía política por parte de antiguas divisiones administrativas virreinales. La construcción de las naciones será una ardua tarea pendiente que se prolongará durante buena parte del siglo XIX.

La afirmación de que las naciones no fueron la causa de las llamadas guerras de independencia americanas sino su consecuencia puede resultar excesivamente lapidaria, pero resume perfectamente lo que la historiografía de las últimas décadas nos ha revelado.

En el origen de las guerras hay un problema político de legitimidad del ejercicio del poder, no un conflicto de identidades sino de soberanía, resuelto con la proclamación de la soberanía política por parte de divisiones administrativas de diverso signo (virreinos, audiencias, cabildos, etc.). En el contexto histórico de sustitución de la legitimidad dinástico-religiosa por la nacional en que estas proclamaciones tuvieron lugar, a los nuevos sujetos políticos no les quedó otro remedio que *imaginarse* como naciones. Fue el mismo largo y tortuoso camino de invención nacional del resto de Occidente, con la diferencia de que mientras en Europa las viejas monarquías fueron, de manera general, el molde en el que se construyeron las naciones, en la América española la descomposición de la Monarquía Católica fue el cadáver necesario para su nacimiento.

### *Un conflicto americano*

Cuando a finales del siglo pasado, en la década de los noventa, el historiador François Xavier Guerra se planteó el problema de enfrentarse a lo que denominó «interpretaciones clásicas» de las independencias incluyó entre éstas, de manera destacada, que las guerras habían sido un enfrentamiento entre españoles y americanos. Una especie de verdad absoluta, utilizada ya por la publicística de la época como arma de movilización política y repetida una y otra vez tanto por la historiografía oficial tradicional como por la de coloración marxista más reciente. La primera con sus continuas llamadas a las guerras como un enfrentamiento entre peninsulares y criollos, consecuencia de la exclusión de estos últimos del poder y la riqueza. Y la segunda con su interpretación de las guerras como un enfrentamiento entre los depauperados grupos populares nativos y los colonizadores españoles, dueños de la tierra y el capital.

El saldo historiográfico de las últimas décadas resulta, a este respecto, también bastante concluyente. En las batallas que ensangrentaron el suelo americano en la segunda y tercera década del siglo XIX, lucharon básicamente americanos contra americanos, tanto del lado realista como del independentista. Esto fue así tanto en el caso de los soldados como, lo que puede resultar más sorprendente, en el de los oficiales. Si en la Nueva España la nómina de oficiales realistas criollos incluye a muchos de los jefes de Estado del primer México independiente (Iturbide, Santa-Anna, Herrera, Bustamante, etc.), en el otro extremo del continente, virreinato del Río de la Plata, la decisiva batalla de Salta enfrenta a un ejército independentista mandado por el criollo Manuel Belgrano con otro realista al mando del no menos criollo Pío Tristán.

Pero no se trata sólo de contar americanos y peninsulares en uno y otro ejército sino, sobre todo, de determinar hasta qué punto la separación y distinción entre españoles americanos de un lado y españoles europeos de otro (recuérdese que el gentilicio español no se refería al lugar de nacimiento sino a la calidad étnica), era tan clara y precisa como la historia tradicional nos ha contado. Lo que la historiografía más reciente ha cuestionado no es sólo la exclusión de los criollos del poder y la riqueza, sino incluso que la distinción entre unos y otros fuera tan clara como tradicionalmente se había aceptado. La riqueza de las elites criollas americanas en el momento de las independencias no ofrece muchas dudas. El viajero Alejandro de Humboldt anota sorprendido en sus viajes por la Nueva España unas rentas familiares en las clases altas, criollas en su inmensa mayoría, muy superiores a sus equivalentes europeas. Pero ni siquiera su exclusión del poder es tan clara como una primera aproximación pudiera hacer parecer. Afirmaciones como la de Simón Bolívar referentes a que el despotismo español era más opresivo que los de Turquía y Persia, por la marginación en que tenía a los naturales, hay que tomarlas como lo que son, propaganda

en tiempos de guerra. Una marginación que desde luego no se dio en la familia del propio Bolívar, una de las más aristocráticas de Caracas, que durante dos siglos acumuló cargos y riquezas generación tras generación, incluidos algunos de los parientes más cercanos al libertador: el padre fue coronel de milicias y su tío Esteban ministro del Tribunal de la Contaduría en Madrid. No es un caso excepcional, fueron numerosos los criollos que ocuparon cargos y ascendieron por los intrincados vericuetos de la burocracia real y eclesiástica. Quizás, a falta de estudios exhaustivos sobre el tema, lo que habría que preguntarse es si no estuvieron sobrerrepresentados, considerando que la elite criolla americana era un grupo extremadamente pequeño con respecto al conjunto de las elites de la monarquía.

Pero quizás la innovación historiográfica más significativa a este respecto en las últimas décadas no haya sido tanto la negación de esta supuesta exclusión de los criollos como el descubrimiento de que ni siquiera la distinción criollos/peninsulares fue tan precisa y nítida como tradicionalmente se había mantenido. Tal como escribe el historiador alemán Horst Pietschmann, «No hay que fiarse demasiado del concepto tradicional de criollo que los caracteriza como españoles nacidos en América [...] Más razonable parece la definición que caracteriza al criollo como persona cuyo centro de vida social y económica estaba en América». Una afirmación con la que resulta difícil no estar de acuerdo. El problema es que si la definición de criollo deja de indicar lugar de nacimiento para referirse a condición socioeconómica, pierde cualquier interés como explicación de las guerras de independencia a partir de un conflicto de identidades. Abre, por el contrario, un fascinante campo de estudio para la historia social, la pugna por la preeminencia y el reconocimiento entre viejos intereses oligárquicos y nuevos grupos sociales, surgidos al calor del auge económico del XVIII. ¿Y si el conflicto criollos/peninsulares fue sólo un episodio del enfrenta-

miento, común en esos momentos al conjunto de Occidente, entre nuevos grupos burgueses y vieja aristocracia criolla, con el añadido de que los segundos eran necesariamente americanos y los primeros tanto europeos como americanos?

La línea de división entre criollos y peninsulares fue extremadamente tenue. Ambos grupos formaban parte de una misma elite blanca, muy homogénea no sólo para los estándares de la época, sino para los nuestros. En una sociedad como la virreinal americana, estratificada básicamente a partir de categorías étnicas, criollos y peninsulares compartían no sólo «raza», en sí ya suficientemente importante, sino también lengua, religión, referencias a unos orígenes comunes y, en muchos casos, relaciones de parentesco y de poder. En realidad era mucho más lo que los unía y los diferenciaba de otros grupos que lo que los separaba.

Al margen de estas consideraciones generales, no cabe ninguna duda de que en la guerra civil generalizada que ensangrentó el continente americano a comienzos del siglo XIX la condición de criollo o peninsular fue, en la mayoría de los casos, un dato marginal e irrelevante. Las guerras fueron una gesta criolla, en la que lucharon criollos contra criollos. El número de peninsulares era, en el conjunto del continente, incluidos sus grandes centros económicos y políticos, extremadamente bajo, posiblemente menos del uno por 100 de la población. El discurso antigachupín o antichapetón de los independentistas americanos, muy virulento, no estaba dirigido en realidad a los peninsulares, sino a los criollos favorables al mantenimiento de la unidad política de la monarquía. Se trataba de vencerlos de que apoyar su mantenimiento no sólo iba en contra de sus intereses, sino que los convertía en aliados de un grupo ajeno y particularmente odioso. Lo que prueba que eran muchos los criollos que no veían a los peninsulares como extraños.

La fractura afectó al conjunto de la población blanca del continente, también al resto de los grupos étnicos, pero no es ese el te-

ma que nos interesa aquí. La línea divisoria no tuvo que ver con el lugar de nacimiento. Hubo criollos tanto del lado independentista como del lado realista y por haber hubo hasta peninsulares que tomaron partido por la independencia, caso de Manuel de la Bárceña, uno de los firmantes del Acta de Independencia de México y autor de *Manifiesto al mundo. La justicia y la necesidad de la independencia de la Nueva España*, publicado en 1821.

### *Americanos liberales contra españoles serviles*

La interpretación de las guerras de independencia como un enfrentamiento entre modernidad (América) y arcaísmo (España) forma parte también, aunque quizás de manera no tan explícita, de las que podemos considerar interpretaciones clásicas de las independencias. La voluntad independentista de los americanos hundiría sus raíces en las ideas ilustradas y el doble ejemplo de las revoluciones norteamericana y francesa. El mantenimiento de la unidad de la monarquía de los españoles obedecería a un conservadurismo arcaico y reaccionario, cuyo objetivo principal habría sido la defensa y conservación del Antiguo Régimen. Afirmaciones que la historiografía más reciente también ha cuestionado.

No siempre la «reacción» y las clases altas combatieron del lado realista, y el liberalismo y las clases bajas del insurgente. Fue así en algunos casos, pero no en otros. Entre otros motivos porque los ejércitos realistas defendieron la Constitución de Cádiz en los momentos en que ésta estuvo vigente y el absolutismo fernandino en los que no. Fueron, al margen de la ideología particular de cada uno de sus jefes y oficiales, en unos momentos partidarios de la revolución y en otros de la reacción.

El pensamiento de la insurgencia, por su parte, suponiendo que se pueda hablar de manera genérica de algo así, ha resultado mu-

cho más complejo de lo que tradicionalmente se había pensado. La influencia del pensamiento revolucionario francés y estadounidense sobre los independentistas hispanoamericanos, al margen de algunos casos puntuales y de su indudable papel como ejemplo movilizador, no es tan clara. Algunos de los líderes independentistas, caso del novohispano José María Morelos, muestran en sus escritos un pensamiento no ya de Antiguo Régimen sino directamente medieval. Reflejo de un imaginario político más próximo a una especie de reacción conservadora que a una ruptura revolucionaria.

Los estudios sobre el pensamiento independentista, en espacios tan distantes como la Nueva España o el Río de la Plata, han mostrado la pervivencia de una tradición neoescolástica muy poco revolucionaria. Nada extraño, si consideramos que era la que seguía vigente en los programas de estudio de colegios, seminarios y universidades de la Monarquía y que la presencia esporádica en bibliotecas privadas y decomisos de algunos libros de autores «revolucionarios» no significa que se hubiese producido la sustitución de todo un sistema de pensamiento por otro. La *modernidad* del pensamiento independentista parece descansar, si acaso, mucho más en la tradición de una ilustración católica hispánica, común al conjunto de la Monarquía, que en el pensamiento revolucionario francés o norteamericano. La defensa de la religión católica frente a una península entregada a los ateos revolucionarios franceses no es sólo propaganda y retórica, sino la manera en que muchos de los primeros partidarios de la separación con España imaginaron la situación que estaban viviendo.

Incluso cuando, avanzado el conflicto, los movimientos independentistas tomaron un carácter más decididamente revolucionario, de ruptura con el Antiguo Régimen, el origen de muchos de sus posicionamientos parece remitir tanto al liberalismo gaditano como a las propias revoluciones francesa y estadounidense. Tal como afirmó en 1822 uno de los protagonistas de las independencias, el

guayaquileño Vicente Rocafuerte, el triunfo de las ideas liberales en América se debía, entre otras causas, «al ejemplo que le daba la península en la lucha contra el servil». Son las ideas de Cádiz las que se encuentran detrás de muchos de los cambios revolucionarios en América, incluidos algunos que la historiografía tradicional atribuía a una influencia directa de los Estados Unidos, caso del federalismo mexicano, que un temprano trabajo de la historiadora norteamericana Nettie Lee Benson demuestra se debe más a la diputación provincial establecida por las Cortes de Cádiz que a una copia de la constitución de los Estados Unidos de América. Hasta en el caso del Río de la Plata, cuya implicación en el proceso gaditano fue mucho menor que la del resto de la América española, la presencia de elementos comunes a las demás revoluciones hispánicas es también muy visible.

### *La difícil conversión de la historia en memoria*

La revisión historiográfica llevada a cabo en las últimas décadas y culminada en torno a las conmemoraciones bicentenarias ha sido de tal calado que obligaría a un replanteamiento radical no sólo del pasado del mundo hispánico, sino también de las relaciones del conjunto de Hispanoamérica con él. Cabría incluso preguntarse si hubo alguna vez guerras de independencia en los territorios americanos de la Monarquía Católica y si las llamadas guerras de independencia no fueron sólo una sucesión de guerras civiles, prolongadas durante buena parte del siglo XIX. Las mismas sangrientas e interminables guerras civiles que están en el origen del nacimiento de la modernidad política en todo Occidente.

Las dificultades para una reinterpretación de este tipo son, sin embargo, muchas. No porque la historiografía de las últimas décadas no haya aportado pruebas más que suficientes para ella, algu-

nas de las cuales han sido expuestas aquí de manera bastante somera, sino por la presencia de una memoria colectiva, sólidamente asentada en las historias oficiales de cada nación, que imagina los complejos procesos iniciados en 1810 como una sangrienta guerra de liberación nacional en la que indios y castas, liderados por criollos y mestizos, se levantaron en armas para liberarse del despotismo de los españoles, conquistar la independencia y poner fin a un Antiguo Régimen que a su carácter reaccionario y retrógrado unía la iniquidad de la explotación colonial. Un enfrentamiento entre americanos, defensores de la independencia, las ideas liberales y la Ilustración, y españoles, partidarios del imperialismo colonial, el despotismo y la reacción. Los primeros, herederos del mundo indígena y la soberanía original, y los segundos de los conquistadores y de las usurpaciones llevadas a cabo por ellos. Poco importa que ésta sea una imagen absolutamente inverosímil, en particular si tenemos en cuenta la filiación étnico-cultural de la mayoría, si no de todos los padres de las independencias americanas. Los imaginarios son representaciones del pasado y como tales no tienen por qué ser coherentes. El Bolívar que masacra a los indígenas de Pasto y que muestra en algunos de sus escritos el habitual prejuicio antinegro de las elites mantuanas caraqueñas puede ser a la vez, y sin solución de continuidad, el símbolo de la Venezuela *café con leche* anticriolla.

El objetivo de toda historia es convertirse en memoria. Un proceso lento, que forma parte más de la larga duración histórica que de la corta y que por lo que se refiere a las nuevas interpretaciones sobre el fin de la Monarquía Católica ni siquiera ha comenzado a producirse. El radical revisionismo historiográfico llevado a cabo con motivo de las conmemoraciones bicentenarias es, por el momento, sólo espuma. Su incidencia sobre la percepción afectiva que sobre el pasado tienen la mayoría de los hispanoamericanos, incluidos muchos historiadores, ha sido nula. El tiempo dirá si llega a convertirse en parte de la memoria colectiva de los descendientes

de los súbditos de la antigua Monarquía a uno y otro lado del Atlántico. Mientras tanto, unos y otros seguirán conservando una memoria fracturada y antagonica. Los europeos, la de ser herederos de los conquistadores y de los que lucharon por conservar los dominios de España en ultramar, aunque la mayoría de ellos poco o nada tengan que ver ni con los unos ni con los otros. Los americanos, la de descender de los conquistados y de los que liberaron sus naciones del dominio español, aunque descendan tanto de unos como de otros. O de ninguno en concreto, si en los lejanos días de 1810 sus antepasados combatieron bajo las banderas blancas de los ejércitos realistas.

T. P. V

## BIBLIOGRAFÍA

- Breña, Roberto, *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824. Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*, México, El Colegio de México, 2006.
- Chiaramonte, José Carlos, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político de los tiempos de la independencias*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- Lucena Giraldo, Manuel, *Naciones de rebeldes. Las revoluciones de independencia latinoamericanas*, Madrid, Taurus, 2010.
- Palacios, Marco (ed.), *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Bogotá, Norma, 2009.
- Pérez Vejo, Tomás, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México, Tusquets Editores, 2010.
- Portillo Valdés, José María, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispánica*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- Rodríguez, Jaime O. (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Fundación Mapfre-Tavera, 2005.

